



Capítulo 293 - Águila de sangre

Alexa se quedó allí un momento, mirando al hombre arrodillado, tembloroso y ensangrentado. Una mancha borrosa donde antes había un ojo le corría por la mejilla, manchando el suelo con un charco rojo. Su respiración era irregular, sibilante, casi como la de un animal herido.

Avanzó lentamente, sus pasos resonaban en el silencioso sótano como las campanas de un funeral.

Vergil dio un paso atrás, cediendo en silencio: ahora era suyo.

"¿Recuerdas lo que hiciste, Alex?" La voz de Alexa salió baja pero firme. Se detuvo frente a él, y él intentó levantar la cabeza, pero ya no tenía fuerzas. "Lo recuerdo. Cada roce. Cada palabra. Cada amigo muerto... cada vez que lloré con miedo de dormirme por lo que hiciste."



Ella se arrodilló y lo jaló de lo que le quedaba de pelo, obligándolo a mirarla con el único ojo que le quedaba. Había una expresión vacía en su rostro; no de remordimiento, sino de incredulidad. Nunca creyó que ella estaría viva... fuerte... con el control. Pensó que moriría desangrándose, la dejó así pensando que simplemente moriría...

Y sí, considerando sus heridas, iba a morir. Estaban en un entorno propicio para la infección, aunque, claro, controlando las heridas, era un hecho que la naturaleza haría su trabajo y la mataría... Eso si Vergil no hubiera llegado y la hubiera curado con algo que ni siquiera conocía. Ese poder, era parte del poder de Ashborne; hoy sabía más o menos qué era, pero entonces no.

Si alguien más intentara curar a Alexa, probablemente contraería una infección interna y moriría. Puede que sea una mujer lobo, pero no importa.



No como los vampiros, que pueden superar las infecciones fácilmente porque son inmortales. Su regeneración también se vio comprometida en esa situación, así que sí, moriría seguro.

—Me dejaste morir. Tu propia hermana —susurró, levantando la espada hasta que él pudo verla reflejada en la tenue luz del sótano—. Ahora me toca a mí.

"Te ayudaré", dijo Vergil mientras hacía clic en una runa en la pared. Era una especie de runa que interrumpía el flujo de maná.

Su cuerpo quedó completamente inutilizable y Alexa notó que su fuerza había desaparecido y por supuesto, se aprovechó de ello.

Ella clavó su espada en la planta de su pie izquierdo.

Alex intentó gritar, pero el sonido salió entrecortado, tan agotado que todos sus músculos se contrajeron, impidiéndole actuar... Entonces Alexa empezó a tirar, con movimientos lentos y calculados, arrancando la piel de la suela como si pelara fruta podrida. La piel se desprendió en largas y vívidas tiras, de las que rezumaba sangre espesa.



Empezó a temblar de dolor.

El segundo pie llegó poco después. Un corte profundo y vertical, y Alexa arrancó un trozo de carne como si fuera tela vieja.

Alex superó la fuerza de la runa demoníaca y gritó... ahora, gritos guturales que salían de su garganta, animalescos, intercalados con saliva y sangre que goteaba de su boca mientras intentaba morderse la lengua.



—Lo sientes, ¿verdad? —preguntó jadeando, con los ojos ardiendo de furia contenida—. ¿La desesperación... la impotencia...?

La espada en su mano temblaba levemente, no de miedo, sino de adrenalina. Estaba viva, más viva que nunca. Y ante ella estaba el hombre que una vez debió protegerla... y en cambio destruyó todo lo que era.

Debió ser divertido, ¿no? Ver morir a mis amigos... a mi única familia siendo aplastada, una a una. Todo lo que tenía. Todo lo que era.

Su voz vaciló por un segundo, pero no por debilidad sino por ira.

Tú y nuestro padre me dieron por muerta. Me desecharon como si fuera un error, un bicho raro. —Se acercó, con la mirada fija en el rostro podrido de Alex—. Pero sé por qué...

Ella sacó el cuchillo de su abdomen con un movimiento seco, haciendo que la sangre fluyera como un torrente espeso.

—Es porque me tienes asco, ¿no? Porque soy como ella. Porque lo heredé todo de mamá.

Escupió la palabra como si fuera veneno, con lágrimas atrapadas en las comisuras de los ojos.

"El pelo, los ojos, incluso tu sonrisa... me odiaste por eso. Tú, él... ambos, cobardes. Él me echó. Intentaste borrarame."

Se inclinó hasta quedar cara a cara con Alex, a centímetros del suyo. Su voz salió como un susurro agudo:



"Me odiaste porque soy el recordatorio viviente de todo lo que destruiste".

Ella agarró el cuchillo con fuerza y se levantó.

Le cortó las rodillas, sin perforarlas, solo desgarrándoles la piel hasta dejar expuestos los tendones. Los músculos se contrajeron en espasmos involuntarios, intentando protegerse de algo inevitable. Gritó tan fuerte que se quedó sin aire. Su cuerpo temblaba como en shock, pero ella sabía exactamente lo que hacía.

Le cortó las puntas de los dedos; no se las cortó, solo le arrancó las uñas con la punta del cuchillo, una a una. Las uñas crujieron como cristales rotos. Él volvió a gritar, pero ahora era un chillido ronco, un intento desesperado de protestar contra la realidad.

Ella no se detuvo.

Con cada corte, susurraba algo.

"Para todas las noches."

"Por cada cicatriz."

"Por cada pedazo de mí que robaste."

Un temblor incontrolable, ojos en blanco, baba corriendo por su barbilla.

Virgilio seguía observando. Silencioso. Inmóvil.





Fue su justicia.

Alexa sacó la espada y la sangre brotó a borbotones. La miró fijamente un momento, cubierta de sangre de pies a cabeza, respirando con dificultad... y luego se levantó, encarando a su hermano.

Ya no parecía humano.

Parecía lo que siempre había sido.

Un monstruo.

"Y ahora...", dijo, limpiando la hoja en su ropa ensangrentada. "Cúralo, Vergil."

Virgilio sonrió.

No era una sonrisa feliz: era fría y meticulosa, como la de un verdugo satisfecho con la hoja afilada en su mano.

Levantó la mano derecha, y de las yemas de sus dedos rezumaba una densa energía negra, como un velo líquido de oscuridad viviente. La runa en la pared brilló una última vez antes de desmoronarse, como si incluso ella supiera que lo que venía a continuación era antinatural: una perversión de la idea misma de la sanación.

"Como desees, querida." Su voz sonaba baja, ronca, casi reverente.





La energía oscura serpenteaba por el aire, moviéndose como si tuviera voluntad propia, como si estuviera hambrienta. Al tocar el cuerpo mutilado de Alex, entró en acción; no con suavidad, sino como un enjambre de agujas quemando carne muerta. Las heridas comenzaron a cerrarse. La piel se rehízo de forma grotesca e imperfecta. Las uñas arrancadas brotaron como conchas de hueso torcidas. La carne se reestructuró, pero torcida, con pulsaciones irregulares, como si se burlara de la biología.

Alex arqueó la espalda en un violento espasmo.

El dolor ahora era diferente: no era el dolor de la destrucción.

Era el dolor de la regeneración forzada.

Antinatural. Doloroso. Incompleto.

"iiiAa ...

Gritó de nuevo, esta vez con algo más: consciencia. Sintió que cada parte de su cuerpo se reconstruía con esa energía corrupta, como si gusanos estuvieran cosiendo su carne.

Vergil dio un paso hacia un lado, observando cómo alguien terminaba una escultura incompleta.

"No te preocupes... vivirá", dijo en voz baja, casi con desdén. "Al menos lo suficiente para el resto".

El cuerpo de Alex se estremecía con espasmos erráticos, con los ojos abiertos, el único que le quedaba lleno de puro terror. Aún incapaz de moverse





con normalidad, respiraba jadeante, como un animal a punto de ser sacrificado de nuevo.

Vergil miró a Alexa, de quien aún manaba sangre, e hizo un ligero gesto con la cabeza, como quien vuelve a ofrecer la espada: "Es todo tuyo".

Y en ese pesado silencio, roto solo por los sonidos húmedos de la carne cosiéndose mal... Alexa sonrió.

Una sonrisa que no era de venganza.

Fue un caso de justicia.

Sangriento. Lento. Y aún lejos de terminar.

—¿Sabes qué sigue, hermanito? —su voz sonaba tranquila. Casi serena. Como si contara una vieja historia. Se arrodilló detrás de él y, con la hoja sucia, comenzó a cortar lentamente la parte trasera de su camisa, dejándole la espalda al descubierto—. Esta es una ejecución antigua. Vikinga. La llamaban el Águila Sangrienta.

Vergil observaba en silencio. Lo sabía. Reconocía el nombre. Y lo aceptó. Esto era más que una venganza: era un ritual. Era una sentencia.

Alexa trazó dos líneas verticales con la hoja, una a cada lado de la columna, desde el hombro hasta la base de la espalda. La piel se abrió con facilidad. La sangre empezó a fluir en gruesas líneas. Alex se estremeció, pero no podía huir. Ya no.





"Primero, la piel...", susurró, como si le enseñara algo. Con manos firmes, empezó a desgarrar la carne, tirando con los dedos y la cuchilla, despellejándole la espalda como una artesana sádica.

Alex gritó de dolor, pero los gritos parecían cada vez más ahogados, tal vez por el miedo, tal vez por la conmoción.

"Luego las costillas..." Alexa clavó la hoja en un costado de su columna, presionándola entre los huesos. Un chasquido seco, y comenzó a separar las costillas del centro, una a una, empujándolas hacia afuera, como si abriera las alas de un cuervo negro.

El sonido de los huesos al romperse era húmedo y repulsivo.

Ella tiró, empujó, retorció.

Cada "ala" que se formó fue una denuncia viviente del dolor y la perversidad.

Vergil se acercó. Tocó la punta de la espada de Alexa, teñida de carne y sangre. "¿Necesitas ayuda?", susurró, casi con complicidad.

Alexa asintió. "Esa parte... la haré yo misma".

Metió los dedos en el pecho abierto desde atrás, escarbando entre la sangre, la carne y los huesos hasta llegar a los pulmones. El cuerpo de Alex ya no gritaba; solo jadeaba con espasmos, mientras su cerebro luchaba por procesar el dolor.

Y luego, lentamente, con brutal precisión, tiró.





Los pulmones entraron, deslizándose a través de la cavidad abierta, todavía conectados, todavía latiendo débilmente.

Se formó el "Águila".

Alas hechas de sufrimiento.

Alexa se quedó allí, contemplando la escultura viviente. Un homenaje a lo que él había sido. Un recordatorio de lo que ella había sufrido. Una advertencia al mundo.

"Ahora vivirás... mientras tus pulmones soporten la exposición al aire." —Se levantó, con los ojos brillantes de lágrimas ardientes—. Y lo sentirás cada segundo.

Vergil le tocó el hombro. "Ya basta."

Pero Alexa no respondió. Se quedó allí, mirando fijamente a la monstruosidad que una vez fue su hermano, ahora reducida a un reflejo de lo que siempre había sido.

Un monstruo.

Sin alma.

Sin redención.

Y por primera vez, sonrió... no de placer. No de dolor. Sino de libertad.





JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

"Vámonos", dijo, "que sufra hasta que muera". Salió de la habitación... Vergil levantó la vista y sonrió...

—Itharine —murmuró, y de su sombra... algo despertó y rodó, saltando hacia la sombra de Alex—. Guárdalo para después —dijo Vergil con un brillo púrpura en los ojos—. Sí, mi señor —respondió la sombra.

